



EL CONEJO PLASMADO EN LA LUNA

Cuenta la leyenda azteca, que el dios Quetzalcóatl dejó su aspecto de serpiente emplumada para transformarse en un hombre común y así poder explorar la Tierra.

El dios se encontraba tan maravillado con los hermosos paisajes que siguió caminando hasta que el cielo se oscureció y se llenó de estrellas. Cansado y hambriento, se detuvo al lado del camino.

Un conejo pasó por su lado y le preguntó:

—¿Estás bien?

—No, me siento muy cansado y hambriento —respondió el dios.

Sin saber que estaba hablando con una deidad, el conejo rápidamente se ofreció a compartir su comida con Quetzalcóatl.

—Gracias, pero no como plantas — le dijo el dios al conejo.

El pequeño animal sintió mucha pena por el viajero:

—No tengo nada más que ofrecerte, soy una criatura insignificante y tú necesitas recuperar tus fuerzas, por favor cómeme y reanuda tu viaje.

El dios conmovido por el noble gesto de la pequeña criatura, regresó a su forma de serpiente emplumada y sostuvo al conejo tan alto que su reflejo quedó plasmado para siempre en la luna.

Luego, regresó al conejo a la Tierra y dijo:

—No eres una insignificante criatura, tu retrato pintado en la luz de la luna contará a todos los hombres la historia de tu bondad.



LA LEYENDA DEL ATRAPASUEÑOS

Cuenta la leyenda de la tribu Ojibwa, que una araña silenciosamente tejía su red en la habitación de una abuelita llamada Nokomis.

Todos los días, Nokomis observaba a la araña trabajar, tejiendo su telaraña en silencio. Hasta que una vez, mientras la observaba entró su nieto:

—¡Nokomis — gritó— mirando a la araña.

Entonces caminó hacia la araña con un zapato en la mano.

—No, Keegwa— susurró la anciana—, no le hagas daño.

—Nokomis, ¿por qué proteges a la araña? — preguntó el niño.

La anciana sonrió, pero no respondió. Cuando el niño se fue, la araña se acercó a la anciana y le agradeció por salvarle la vida. Luego le dijo:

—Durante muchos días me has visto girar y tejer mi red. Has admirado mi trabajo. A cambio de salvar mi vida, te daré un regalo.

La araña sonrió con su sonrisa especial de araña y se alejó tejiendo una red. Pronto, la luna brilló sobre una mágica red plateada que se mecía suavemente en la ventana.

Esta araña era en realidad, Asibikaashi, la encargada de cuidar de los niños y de las personas de la Tierra.

—¿Ves esta red?, te enseñaré a tejerla —dijo la araña—. Uno de sus hilos atraparé los sueños malos mientras que los sueños buenos pasarán por el pequeño agujero. Este es mi regalo para ti.

Es así, como las madres y abuelas de la tribu Ojibwa tejieron redes que atrapaban los sueños malos y las pesadillas de los niños, asegurando muy felices sueños.